

de montañero, por la senda de los textos relacionados con el concilio de Nicea, tarea tan necesaria como difícil.

Y felicitar también a la editorial Ciudad Nueva, en concreto a la colección de Fuentes Patrísticas, dentro de la que se encuentra este libro, por atreverse, en los tiempos que corren, a publicar obras de este calado, animándola a que continúe en esta misma línea.

Y alentar también a los posibles lectores para que seamos capaces de entrar en obras como *Sobre los principios*, obras no fáciles, pero que cambiaron el sentido de la teología y de nuestra manera de entender la fe, porque el tiempo que le dediquemos tendrá su recompensa con creces.— FERNANDO RIVAS REBAQUE.

BALTHASAR, HANS URS VON, *Vocación. Origen de la vida consagrada*, Ediciones San Juan, Madrid 2015, 151 pp., ISBN: 978-84-606-5500-8.

Saludamos con alegría la bella publicación de H. U. von Balthasar que Ediciones San Juan nos ha ofrecido con ocasión del Año de la Vida Consagrada, bajo el título *Vocación*. Y con un subtítulo altamente significativo en este momento histórico en el que la Vida Consagrada se pregunta por su peculiaridad y trata de encontrar la forma adecuada con la que ha de revestirse en la situación eclesial, cultural y social hodierna: *Origen de la Vida Consagrada*. Título y subtítulo logran resumir y reasumir la intencionalidad de fondo de los seis textos que integran este libro que, aunque diversos tanto en su finalidad como en su ocasión, nos ofrecen seis miradas hacia un misterio –la Vida Consagrada– que, naciendo de Cristo, tiene en él su raíz, su origen, y su paradigma; y tiene su razón de ser en su elección y llamada –*Vocación*–. Sólo desde ahí es comprensible como «momento perennemente fundacional de la Iglesia» (143) tal como nos recuerdan Aldana y Walker en una de las reflexiones finales que cierran este libro.

Como en tantas otras ocasiones, los escritos de Balthasar se adelantan en el tiempo, al momento en el que pueden ser acogidos y leídos con todo su sentido, libres ya del espacio de confrontación en el que en muchas ocasiones han sido escritos. De ahí que nos felicitemos por la elección, para su publicación, de un momento como éste, en el que dichas críticas pueden ser leídas acogiendo su acento profético, con la suficiente distancia como para abrazar aquello de verdad a lo que apuntaban, libres de la inmediatez que pudiera impedir llegar al fondo, a lo sustancial, a lo importante.

Los escritos aquí reunidos ponen de relieve, sin fisuras, hasta qué punto la Vida Consagrada es central en la vida y en la misión de la Iglesia, y cómo la razón última de que sea así no descansa ni en la tradición, ni en las circunstancias históricas y las realizaciones humanas que fueron configurándola, sino en *su origen en la vida de Cristo*, en su forma cristomórfica, y su configuración entendida esencialmente como «un dejar que disponga de mí» Aquel que me ha elegido y llamado (*Vocación*) y lo haga como Él quiera.

*La vocación* aparece así como el eje central de la Vida Consagrada. Y a través de un interesante recorrido histórico por las diversas expresiones en las que ha ido tomando cuerpo desde los Padres del Desierto hasta los más recientes institutos seculares postconciliares, y mostrando cómo expresan la misma identidad en respuesta a necesidades nuevas de cada tiempo, sin tener su razón de ser en tales necesidades, Balthasar va dejando claro que lo que podría amenazar su existencia y fecundidad no tiene tanto que ver con situaciones externas, cuanto con la dilución del núcleo interno de su identidad, justamente *la Vocación*:

«Toda genuina reforma animada por el Espíritu originario del Evangelio parte siempre de nuevo de los consejos de Jesús, cuya representación viva –a pesar de la extrema diversidad de formas de la vida religiosa a través de los tiempos– permanece tan eterna e intocablemente idéntica en su forma fundamental como la Iglesia en su totalidad. [...] La vida de los consejos seguirá siendo hasta el fin del mundo el custodio de la totalidad del Evangelio» (27).

Son las formas externas, las cambiantes, pero el núcleo más profundo permanece. Y en ese núcleo se encuentran como realidades cruciales la *llamada* y la *elección*. Quien es cristiano debe saberse elegido y llamado por Dios. Esa elección tiene un aspecto primario: Dios Padre, en su amor infinito, toma a un ser humano para sí, en su Hijo, mediante la acción del Espíritu Santo. Se trata siempre de elegir lo que previamente el Señor ha elegido para aquél a quien llama. Esta elección de amor quiere una respuesta que para Balthasar tiene un nombre propio: «*disponibilidad*». «La vocación exige en primer lugar disponibilidad incondicional e ilimitada para todo aquello en lo que Dios pudiera y quisiera utilizar y enviar al que ha sido llamado por Él... A partir de Dios, la especificación del «para-qué» del ser llamado acontece únicamente entrando en el sí de la disponibilidad libre de toda condición y reserva» (116). El llamado «debe permanecer esencialmente abierto para todo lo que de ahora en adelante Dios dispondrá para él». Y esto sin reservas, sin cláusulas, pues «la vocación reclama la vida entera del hombre y requiere una correspondiente respuesta total, y el «una vez para siempre» de la donación pertenece a la forma fundamental de toda vida de vocación» (123).

El teólogo suizo aborda detalladamente la etimología y diversidad de articulaciones lingüísticas de *la vida consagrada* para volver, una y otra vez, sobre sus variantes y distinciones conceptuales y entrar así en la hondura propia de los fundamentos bíblicos y dogmáticos que la sustentan. Pero no le importan tanto sus formas concretas –aunque las conoce a fondo y las describe en el presente libro con belleza y precisión–, cuanto el hecho de que la armonización de dichas formas en su legítima diversidad constituye la configuración polifónica de la Vida Consagrada, aunada en el dinamismo fundamental de la expropiación, cada vez mayor, del llamado por Aquel que llama, Cristo. Él es no sólo el modelo de toda consagración sino el espacio en el cual es posible vivir dicha consagración.

El estado eterno del Hijo de Dios, nos lo revela como *el consagrado por excelencia* (13). Él es «Aquél a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo» (Jn 10,36). Balthasar a partir de revelación bíblica, nos muestra la forma de vida de Jesús, como la de quien «no ha venido a ser servido sino a servir» (Mt 20,28) porque su «alimento es hacer la voluntad» (Jn 4,34) de su Padre; «no tiene donde reposar la cabeza» (Mt 8,20); y se ha hecho «eunuco por el reino de los cielos» (Mt 19,12). A partir de aquí, y haciendo uso de la analogía, afirmará que el Hijo de Dios vive eternamente en la forma de pobreza, virginidad y obediencia: «Él no es obediente: su ser es la obediencia total, y ésta es para Él la libertad eterna. Él no es pobre: su ser mismo es la pobreza, pues su riqueza eterna consiste en no poseer nada que no sea del Padre y en poner todo lo que gana a los pies del Padre. Él no es puro: su ser es la pureza, pues Él no puede concebir ningún pensamiento que de principio a fin no discorra en la perfecta y exclusiva fidelidad de amor al Padre y que a partir de esta unidad armónica no gane justamente la fecundidad infinitamente fluente del amor» (12-13). Estas tres realidades son como tres aspectos de esa unión de amor con el Padre en el Espíritu Santo, que constituye su estado, y que es una. De ahí que nuestro teólogo defienda *la unidad de los votos*.

Tendríamos que hablar, por tanto, de un único «consejo», que condensa los otros consejos en una forma de seguimiento, que caracteriza la vida del consagrado y que implica *la unidad de pobreza, castidad y obediencia*. Se trata en definitiva de un voto de fidelidad de Amor que se expresa en los consejos: ««nadie más que Tú» (virginidad), «nada más que Tú» (pobreza), «no mi voluntad sino la tuya» (obediencia), y todo esto en el espacio de la Iglesia» (58). El que sigue al Señor ofrece su vida, pero porque la donación es respuesta, y la respuesta fundamental es la de la Iglesia, su donación está siempre en el espacio eclesial y sacramental de la Palabra divina «consagrante».

La reflexión teológica de Balthasar respecto del estado de Cristo, se muestra especialmente oportuna para destacar también *la unidad y la simultánea diversidad de los estados*; asimismo, su consideración conjunta de los estados en sus conexiones recíprocas, se funda en la igual dignidad de los estados cristianos y en la exigencia evangélica de la unidad entre ellos, como ha desarrollado de una forma más amplia en *Los estados de vida del cristiano*.

Ahora bien, nos encontramos aquí con una cuestión más controvertida, y en la que algunos disienten con el pensamiento del teólogo de Basilea, que no da espacio para otra forma de vida dentro de la Iglesia que no sea la consagración o el matrimonio. Es cierto que toda forma de vida de la Iglesia es participación en la forma de vida del Señor: entrega de amor en pobreza, castidad y obediencia. De ahí que todo cristiano deba participar en la Iglesia de esa forma de vida. Ahora bien para Balthasar el Señor ha querido que esa participación se realice exclusivamente de *dos formas*. «Existen, pues, dos formas eclesiales de vida, dos y no más. Una es representación viva de la pura forma de vida de la Iglesia; la otra, representación viva de la forma de vida creatural de la familia bajo el signo y en el espíritu de la forma de vida de la Iglesia. Se podría decir que en la primera

la forma eclesial es también materia, mientras que en la segunda ella informa la materia de la creación» (21).

Es comprensible este posicionamiento desde la perspectiva de la «representación de la Iglesia» en su carácter nupcial, y también –como desarrolla en otros escritos– desde la consideración de la necesaria praxis de la obediencia. Y a pesar de los intentos del autor por reconocer que «en la pluralidad de los sinos humanos, sobre todo tras la caída en el pecado y sus consecuencias, siempre habrá formas de vida concretas que no es posible encuadrar en la forma general ordinaria» (*Estados de vida del cristiano*, Madrid 1994, 174s.), no deja de ser una opción reductiva y, en cierto sentido, excluyente para otras formas de vida, sólo por no lograr transparentar de una forma tan clara la forma eclesial.

A pesar de que la «consagración laical» –de la que habla Balthasar, y que tiene su paradigma en la Comunidad de San Juan,– nace anticipándose a los Institutos seculares que emergerán posteriormente en la Iglesia, la distinción que algunos establecen apoyándose en la fórmula «*estar en medio del mundo sin ser del mundo*» como clave para distinguirlos de la vida religiosa, en estos momentos, no se ajusta a la realidad. Ni tan siquiera para la vida contemplativa, pero en absoluto para los religiosos de vida activa, cuya forma de vida a partir del postconcilio justamente se ha caracterizado por abandonar la protección de los muros de los conventos y encarnarse en medio de sus hermanos para «estando en medio de ellos» poder servirlos mejor y desde abajo. En este movimiento ha habido mucho de radicalidad y de seguimiento del «Cristo pobre y humilde» y no simplemente un intento de acomodación.

Así parece reconocerlo Balthasar al hacer notar que «la tensión del *estar en el mundo sin ser del mundo*, es una tensión cristiana general que se intensifica para los expresamente llamados: ellos son completamente liberados en el sentido más radical, para de un modo igualmente radical ser puestos y utilizados por Dios en el mundo» (69). Por lo cual juzga artificial y no justificado teológicamente, abrir a partir de este argumento un abismo entre los «laicos consagrados» y las «órdenes religiosas», incluso cuando se trate de órdenes monásticas y no sólo apostólicas (70-71).

Otra cuestión importante abordada a lo largo de estos seis textos es la de *la peculiaridad de la consagración religiosa*, o en palabras de Servais: «la relación entre la elección general contenida en la gracia bautismal, y la llamada particular a un seguimiento más estrecho de Cristo según los consejos evangélicos» (139). Balthasar afronta el problema tratando de evitar los extremos y al mismo tiempo sin ceder a disolver la necesaria tensión que ha de mantenerse entre ambas realidades. Pero si la invitación al seguimiento, a dejarlo todo por Cristo, a escuchar y responder a su llamada y elección de una forma irrevocable la comparten todos los creyentes, ¿dónde reside lo específico?

Si como se ha dicho hay una unidad fundamental que vincula los diversos estados y formas de vida consagrada de los cristianos en la participación de la vida de Cristo y en la radicalidad del amor como respuesta a su llamada, la vocación a la Vida Consagrada se diferencia de la vocación cristiana general

en el requerimiento de todo el espacio existencial concreto y carnal de algunos que han recibido esa llamada y elección, como don y exigencia de la gracia. La profesión de los consejos, en este sentido, imprime una configuración específica: la de una entrega total que se traduce en expropiación de sí mismo por Cristo, para ser plenamente uno mismo, a modo del Espíritu Santo, que tiene precisamente como su modo propio de ser, en tanto amor del Padre y del Hijo, el no tener nada propio, sino permitir que el Padre y el Hijo sean. «Todo se funda y descansa en ese amor trinitario del Padre: el que es disponible se dirige a este amor como origen de todo amor. Y en la obediencia libre del Hijo, a quien el discípulo sigue, aparece de modo concreto el amor del Padre para el discípulo. Pero este amor es desde siempre puro amor al mundo, pura misión a los hermanos, pura representación vicaria del mundo ante Dios... Cada uno de los llamados ha de preguntarse en qué tipo de servicio Dios quiere disponer de él. Pero lo decisivo es que la pureza de la disponibilidad en los tres ámbitos de la donación (pobreza, castidad y obediencia) sea la piedra de toque y la fuerza preponderante». (67)

La particularidad de la Vida Consagrada tiene su origen para Balthasar en la voluntad del que llama, que quiere que algunos puedan participar de su forma de vida, de su propia intimidad, de su pobreza, castidad y obediencia en manera radical. Quiere que, dejándolo todo, estén con él (Mc 3,14). Por amor han de estar dispuestos a seguirle, renunciando a todo, en una existencia que no se basa en presupuestos naturales (casarse, estar en familia, ser previsor, autodeterminarse) sino en la pura misión cristiana: «Precisamente así, tomando literalmente el dejarlo todo, el estado religioso es el signo visible, cuasi-sacramental, del voto de toda la Iglesia: y sin este «*sacramentum*» no existe la «*res*» en la Iglesia. Pues ya la Iglesia misma tiene en María al mismo tiempo su realidad más íntima y su símbolo: *res et sacramentum*. Por eso, la presencia de cristianos totalmente donados, acogidos y consagrados a Cristo no es para la Iglesia sólo deseable, sino necesaria. Necesaria más por el ser mismo de los consagrados que por su actividad» (25-26). «Por esta fundación, lo mundanamente imposible es garantizado como posible a partir de esa realidad hacia la cual el que renuncia camina: la cruz. El paso a la cruz sólo es posible si es un paso total e indiviso. En ningún lugar el Señor es tan claro y exigente como aquí: sólo la renuncia completa, sin mirar atrás, sin siquiera despedirse, sólo el ciego y desnudo arrojarse en el seguimiento abre el acceso al estado de los que son llamados a la *sequela Christi*» (24-25). Una renuncia, en pobreza, castidad y obediencia, que va hacia la cruz, según la modalidad que la forma de vida del Señor adoptó cuando vino a redimirnos. Una llamada a estar con él, precisamente allí, al pie de la cruz.

En estas páginas es posible percibir el esfuerzo del teólogo de Basilea por explicar los elementos constitutivos de la consagración, su forma, la profesión de los votos como compromiso definitivo en el seguimiento de Jesús y la triple ofrenda personal de sí al Señor y a su Misión. Un esfuerzo que nunca pierde de vista la totalidad. Serán justamente la presentación de esta totalidad habitando en el fragmento, y la unidad que respeta la tensión y el carácter polar de toda

realidad, dos notas características de la teología de Balthasar que resuenan bajo los textos de este libro arrojando una luz integradora y bella, y por ello verdadera y buena, sobre la Vida Consagrada—. NURYA MARTÍNEZ-GAYOL FERNÁNDEZ, ACI.

WOJTYLA, K., *La renovación de la Iglesia y del mundo. Reflexiones sobre el Concilio Vaticano II* (Biblioteca de Autores Cristianos - Universidad San Dámaso), Madrid 2016. 487 pp., ISBN: 978-84-220-1867-4.

Este libro es un compendio de homilías y discursos de Karol Wojtyła de su época de arzobispo metropolitano de Cracovia que tiene como hilo directriz la celebración y el desarrollo del Concilio Vaticano II. Desde el punto de vista cronológico estos textos abarcan el período que transcurre de 1962 a 1966. Por tanto, estamos ante una serie de reflexiones que han acompañado su actividad pastoral durante la celebración del Concilio.

Este volumen viene a ser un buen complemento de aquel otro, también publicado por la Biblioteca de Autores Cristianos, hace dos años, con el título de *Un pastor al servicio del Vaticano II*, que recopilaba un total de 34 escritos científicos y alocuciones pastorales del arzobispo Wojtyła sobre el tema común del Vaticano II redactados entre 1965 y 1977, y del que ya dimos cuenta en su momento (cf. *Estudios Eclesiásticos* 89 [2014] 574-575). Si esta miscelánea tenía un carácter retrospectivo, con la intención de dar a conocer el acontecimiento y la doctrina del Vaticano II para orientar su aplicación y recepción, el libro que ahora presentamos recoge una serie de textos que han servido de acompañamiento al Concilio durante su mismo hacerse, o, como reza uno de ellos, *el Concilio desde dentro* (pp. 349-360).

En el estudio preliminar redactado por G. Richi se pone de manifiesto que el padre conciliar K. Wojtyła ha sido un testigo excepcional del Vaticano II. El profesor Richi ya había dado a conocer las intervenciones de Monseñor Wojtyła en el aula conciliar (cf. *Karol Wojtyła: un estilo conciliar*, Madrid 2010). Se trata, por tanto, de seguir ofreciendo íntegramente el «testimonio» de este hombre santo a través de homilías, cartas pastorales, alocuciones y conferencias, que corresponden a los cuatro períodos conciliares y a sus correspondientes intersesiones.

Todos estos materiales han sido distribuidos en cuatro secciones siguiendo la cronología del acontecimiento conciliar, al ritmo de los cuatro otoños transcurridos entre 1962-1965. En ellos K. Wojtyła narra lo que va sucediendo en Roma. Los títulos que presiden y reagrupan estas más de sesenta reflexiones jalonan una visión del acontecimiento de este signo: el Concilio de la esperanza (1962-1963), el misterio de la Iglesia (1963-1964), la dignidad del hombre en Cristo (1964-1965), el mundo más humano (1965-1966).

En el estudio preliminar G. Richi ha recapitulado las claves hermenéuticas más significativas del Vaticano II que se pueden destilar de estos textos: el evento del Concilio, su índole pastoral, la eclesiología teológica y cristocéntrica, el